

confiado, no quiso detenerse, encomendando á una brigada la ardua empresa de habérselas con aquel, sabiendo que pronto acudiría Decaen, que estaba poco distante, á sacarla del aprieto; al llegar á Mattenpet, tropezó con nuevas tropas enemigas, y, sacrificándolo todo al fin principal, se desprendió de la mitad de la brigada que le quedaba para que las entretuviese, y prosiguió su camino; por tanto, cuando pudo penetrar en el desfiladero, no llevaba consigo sino unos cuantos batallones, mas su ataque fué tan imprevisto y tan furioso, que quebrantó la columna entera de los austriacos. A las tres de la tarde, el centro de los imperiales, el núcleo y nervio de su ejército, estaba totalmente deshecho. En este momento, desembocaban en el campo de batalla Latour y Kienmayer, ignorantes aún del desastre; las dos divisiones de Grenier, mandadas por Legrand y Bastoul, les cerraron el paso con intrepidez, y, habiendo recibido algunos refuerzos, tomaron la ofensiva y los pusieron en fuga, apoderándose de parte de su artillería. En la derecha, se habían cumplido las previsiones de Kichepanse: Decaen llegó á tiempo de intervenir en el combate que se librara entre sus compatriotas y el cuerpo de ejército de Riesch, á quien obligó á retroceder hasta el Inn. La victoria fué completa. Los austriacos tuvieron veinte mil bajas, perdiendo ochenta cañones y casi todos sus bagajes. El archiduque Juan escapó á duras penas de caer en manos del enemigo. Bonaparte expuso acerca de esta memorable jornada apreciaciones que, si no se suponen dictadas por la envidia, como los contemporáneos afirmaron sin rebozo, bajo el pretexto, dice Lanfrey, de que él no podía estar envidioso de nadie, deben atribuirse á un odio mezquino y á una malevolencia incalificable. Sin embargo, al comunicar el resultado de la acción al Cuerpo legislativo, se expresó en términos muy diferentes á como lo hacía en sus conversaciones privadas y consignó más tarde en sus Memorias. «Esta victoria, decía, ha resonado en toda Europa y la Historia la contará entre las más bellas jornadas que ha ilustrado el valor francés;» y al mismo Moreau le escribía, á propósito de las hábiles maniobras que después censurara tan acremente, «que eran magníficas y sabias y que se había excedido á sí mismo en aquella campaña.»

Moreau atravesó el Inn, y Salz y el Ems, sin disparar apenas un tiro. El archiduque Carlos no estimó patriótico rehusar por más tiempo el mando en jefe, y como los deseos de paz se manifestaban unánimemente, y en Viena reinaba la consternación, su primera medida fue pedir un nuevo armisticio al enemigo victorioso. Representaban á Moreau sus generales la gloria de conquistar la capital, pero Moreau les contestó: «Es preferible conquistar la paz.» El armisticio solicitado se firmó el veinticinco de Diciembre en Steyer, debiendo Austria entregar á los franceses el Tirol y parte del Archiducado y comprometiéndose, sobre todo, á tratar de la paz, cualquiera que fuese la actitud de sus amigos. Nadie dudaba que el imperio tendría que pasar por las condiciones que dictase el vencedor, resultando, por consiguiente, que, á pesar del brillante triunfo de Marengo, el con-

flicto bélico se había resuelto, como era de presumir y oportunamente advertimos, no en Italia sino en Alemania.

Bonaparte había accedido á la pretensión de Covenzel, de no publicar hasta más adelante el tratado que se celebrara, pero modificando en gran parte las bases formuladas por José; y no es que éste se hubiese excedido en sus facultades, sino que, habiéndose acertado las distancias entre Francia y Rusia, no quería el primer Cónsul asustar al emperador Pablo con la anexión del Piamonte, que era una de las cláusulas del proyectado arreglo. Quejóse Covenzel amargamente de la volubilidad del gobierno francés y, no sabiendo qué hacerse, volvió á exigir como requisito previo la asistencia de Inglaterra al congreso, manifestándose dispuesto, ante la rotunda negativa que opuso José á su pretensión, á partirse de Luneville tan luego recibiese licencia de su soberano. Se estaba ya á primeros de Diciembre y no se había adelantado realmente un solo paso en el camino del acuerdo, cuando el día nueve, la noticia de la gran victoria de Hohenlinden motivó el que Francia retirase inmediatamente sus últimas proposiciones, sustituyéndolas con otras mas gravosas para Austria. Hubo un paréntesis en la negociación: envió el Gabinete de Viena nuevas instrucciones á su Ministro, autorizándole á firmar por lo menos los preliminares del tratado, sin insistir en la participación de la Gran Bretaña, y Cobenzel tornó á lamentarse y protestar de la rapidez con que se cambiaban los términos del problema. Al fin, el armisticio de Steger vino á dirimir la querrela en favor de Francia, y el dos de Enero de mil ochocientos uno, comenzó en debida regla la discusión oficial de las condiciones de la paz.

No comprendía el citado armisticio á Italia, donde continuaban las hostilidades. El general Macdonald atravesó el Splügen con el segundo ejército de reserva en pleno Diciembre. Comparado con esta marcha por caminos cubiertos de hielo, en medio de torbellinos de nieve que detenían á la columna horas enteras, entre aludes que arrastraron centenares de soldados al fondo de los precipicios, queda muy oscurecido el mérito del paso del San Bernardo. Efectuada felizmente la expedición, Macdonald se dirigió, costeando el lago de Idro, al oriente, hacia Trento, donde debía unirse con Bruno, el cual, no obstante carecer de dotes suficientes para mandar los ochenta mil hombres de que se componía el ejército de Italia, había pasado el Mincio cerca de Puzzolo, derrotado á los austriacos, cuyo general, Bellegarde, daba diariamente nuevas pruebas de su ineptitud, y avanzado después, siempre en persecución del enemigo, hasta el Adige, que también cruzó.

Los progresos de las armas francesas en Italia movieron á pensar á Bonaparte que ya no había razón para conceder á Austria mejores condiciones que en Campo-Formio, cualesquiera que fuesen las que acabara de ofrecerle. En su virtud, queriendo ligar su voluntad por medio de un acto público, el mismo día, dos de Enero, en que empezaban oficialmente las conferencias en Luneville, dirigió un mensaje al Tribunado y al Cuerpo

legislativo, donde, so pretexto de pedirles que declarasen que los ejércitos habían merecido bien de la patria, les anunciaba que la paz, con el Rin por frontera en Alemania y el Adige en Italia, se ajustaría en Luneville ó se conquistaría en Praga, en Viena y en Venecia. Estas palabras tenían el carácter de un *ultimátum* y prejuzgaban la cuestión debatida en Luneville. Covenzel volvió á sus quejas y recriminaciones; pero, por último, hubo de ceder, aceptando por límites ambos ríos, si bien se convino que sería devuelta la Toscana al gran duque ó éste recibiría en compensación las Legaciones. Sólo faltaba ponerse de acuerdo acerca de la indemnización que había de darse á los príncipes hereditarios de la orilla izquierda del Rin. y Cobenzel, impaciente, quería terminar lo antes posible; mas en este momento el primer Cónsul, en carta fechada el veinticuatro de Enero y suscrita por Tayllerand, comunicó á su hermano nuevas instrucciones, que alteraban profundamente lo pactado. Según ellas, Austria debía renunciar definitivamente á la Toscana sin compensación de ninguna clase, indemnizar á los príncipes desposeídos á expensas de los Estados eclesiásticos y estipular en nombre del Imperio. Talleyrand no disimulaba en su carta la razón del cambio operado en las intenciones de Bonaparte; no era otro sino el estado actual de las relaciones de Francia con Rusia y el deseo de agradar á Prusia, «potencias ambas que habían manifestado igual interés, decía el ministro de la República, en que el Emperador no fuese demasiado poderoso en Italia», á lo que debe agregarse que tanto Rusia como Prusia pedían una secularización general en Alemania, la última para resarcirse ventajosamente de las pérdidas que experimentaba en la orilla izquierda del Rin, y la primera á fin de favorecer á sus protegidos Wurtemberg y Baviera. José, que era novicio en las artes de la diplomacia, quiso honrar su palabra esforzándose en persuadir á su hermano de la seriedad del compromiso contraído. Fué inútil: se le mandó no transigir, y Austria, convencida ya de que cada día que pasase se haría más exigente el vencedor, se sometió á la dura ley de la necesidad, firmándose el nueve de Febrero el tratado de paz de Luneville. Apenas difería éste del de Campo-Formio, salvo en lo concerniente á Toscana, que adjudicaba como reino al joven infante de Parma; consagraba la dominación de Austria en Venecia, quedando la alta Italia, aunque por pudor se siguiera dándole el nombre de República Cisalpina, sujeta de hecho á la soberanía de Francia, y transformaba radicalmente la constitución política de los Estados alemanes, anulando casi del todo la autoridad imperial. Esta última reforma hubiera podido ser sumamente beneficiosa para Alemania á no venir impuesta por la voluntad de un extraño, que, á mayor abundamiento, se erigía en verdadero dueño, reservándose el derecho de velar por la ejecución del tratado y el de decidir los conflictos que ocasionara la lucha de los intereses particulares.

El ruidoso triunfo de Hohenlinden, repercutiendo en toda Europa, determinó en el Norte un movimiento de aproximación á Francia y de hostilidad contra Inglaterra. El

cinco de Septiembre, el general Vaubois, no pudiendo resistir más tiempo por falta de víveres, había entregado Malta á la flota enemiga, y el emperador Pablo, viendo que el Gabinete de Londres se negaba bajo diversos pretextos á devolver aquella isla á la Orden y su Gran Maestre, ardió en terrible cólera, rompió abiertamente con él y ordenó embarcar cuantos navíos ingleses hubiese anclados en los puertos rusos. Bonaparte, aprovechándose del estado de irritación del Czar, le sugirió la idea de formar otra gran liga de la neutralidad armada, como la que en mil setecientos ochenta se había organizado por iniciativa de su madre; y el irascible autócrata, acogiendo gozoso la indicación, instó fuertemente á Suecia y Dinamarca á celebrar un tratado en que las partes contratantes se prometiesen la protección recíproca de su marina contra las depredaciones de la Gran Bretaña. Gustavo de Svecia consintió con alegría; pero Dinamarca, temerosa de las consecuencias que podía acarrearle la enemistad de los ingleses, sólo accedió ante la amenaza formulada por Rusia de declararle la guerra. Prusia entró también en la coalición; envió tropas á Cuxhaven y á Ritzeluttel, para cerrar la embocadura del Alba, y se manifestó pronta á ocupar el reino de Hannover.

Ya antes Bonaparte, cambiando bruscamente de criterio, había abrogado la ley del Directorio que prohibía á los naturales comerciar con los beligerantes, proclamando el antiguo principio francés de que el pabellón cubre la mercancía y puesto término, mediante un tratado que se firmara el treinta de Septiembre de mil ochocientos, al violento estado de relaciones, que era casi de guerra abierta, existente entre su patria y la República norte-americana, por consecuencia de la política mercantil seguida en los últimos años con su beneplácito y, probablemente, bajo su influencia. En realidad, no obtuvo el primer Cónsul en su negociación con los Estados Unidos todos los resultados que perseguía, pues aquellos se avinieron únicamente á aceptar en sus relaciones con Francia el programa de derecho marítimo de los neutrales, negándose á comprometer su libertad de acción respecto á las demás potencias; mas esto no fué obstáculo para que anunciara pomposamente al mundo entero que América, ganada á la causa de la libertad de los mares, se unía á los adversarios de la codiciosa Albión.

La estrella de Bonaparte brillaba con luz refulgente. Reducida á polvo la segunda coalición, Austria más humillada que nunca, cerrados la mayor parte de los puertos de Italia á las naves de Inglaterra, contra cuyo poder marítimo se aunaban fuerzas numerosas, España, aliada de Francia, trocado el Czar de enemigo irreconciliable en amigo casi cariñoso, la hegemonía de la República no disputada sobre media Europa, creeriase que el primer Cónsul iba á darse por satisfecho. Nada de eso: su desenfundada ambición le empujaba siempre hacia adelante. «Nuestra inmortalidad, decía, consiste en vivir en la memoria de las generaciones venideras, y con lo que he hecho hasta ahora no podría llenarse media página de un manual de Historia Universal.»

En paz con las potencias continentales, se dedicó el primer Cónsul á realizar un proyecto que hacía tiempo ocupaba su mente: nos referimos á la restauración legal del catolicismo en Francia. La primera Asamblea había incurrido en la torpeza de decretar la constitución civil del clero, imponiendo á los eclesiásticos el inútil juramento que debía ser origen de tantas funestas consecuencias. La República se propuso reparar la grave falta cometida y volver por los fueros de la verdad y la justicia, estableciendo la separación radical de la Iglesia y el Estado, el sostenimiento del culto por los fieles y la plena y formal libertad de conciencia. Cierto es que esta libertad fué ilusoria para los católicos en los días del Terror, por el furor antirreligioso de los sectarios del ateísmo y el encarnizamiento de las luchas políticas; pero desde entonces había adelantado mucho la paz religiosa. Aun, sin embargo, quedaba bastante que hacer. Al lado de una escasa minoría de protestantes y judíos, existían en Francia dos partidos católicos: el de la Iglesia civil y el de los ortodoxos ó sacerdotes no juramentados. Bonaparte había, como sabemos, librado á los últimos de la persecución de que eran objeto, permitiéndoles el ejercicio del culto con sólo prometer obediencia á las leyes, y parte de ellos no titubeó en aceptar la nueva situación que se les creaba; pero otros, más intransigentes, consideraron la promesa que se les exigía como acto indigno y verdadero perjurio. Además, causas de carácter económico ahondaban el antagonismo entre juramentados y no juramentados; pues si bien el Estado se incautó de los bienes de la Iglesia sin admitir excepciones, en no pocos casos se devolvieron los templos y los presbiterios á los miembros de la Iglesia civil, mientras los ortodoxos celebraban los actos del culto en edificios particulares alquilados al efecto. Fuera de esta diferencia, ni unos ni otros percibían ningún emolumento ni auxilio del gobierno, procurándoles la piedad de los fieles los recursos necesarios. La Iglesia civil estaba perfectamente organizada en multitud de provincias, y contaba de cincuenta á sesenta arzobispos y obispos y un número proporcional de párrocos é individuos del bajo clero, de los que quince mil habían contraído matrimonio. Sus prelados, lo mismo que los párrocos, eran elegidos por los habitantes de las respectivas demarcaciones, sin intervención ninguna del Estado, al cual, sin embargo, no escatimaban los testimonios de su entera sumisión. En cambio, entre los no juramentados, la mayoría de los obispos habían huido de Francia y continuaban en la emigración, pero seguían dirigiendo desde ella las conciencias de los moradores de sus antiguas diócesis; cuando moría alguno, el Papa lo reemplazaba con un vicario apostólico, careciendo el gobierno de influencia legal sobre estos prelados, que residían ó eran nombrados en el extranjero. Un grupo numeroso de los sacerdotes no juramentados preconizaba con su palabra y con su ejemplo la resistencia á la constitución republicana, y fulminaba sus anatemas contra la Iglesia civil, los compradores de bienes nacionales y los profanadores y despojadores de los santuarios. Su ascendiente era considerable, en las mujeres sobre todo, y con frecuencia sus insidio-

eos manejos turbaban el reposo de las familias. No hay duda que el restablecimiento de la paz interior en el delicado terreno de las creencias, era obra meritoria y digna de fijar la atención de un hombre de gobierno tan perspicaz y profundo como Bonaparte. Para cumplirla, hubiera podido partir del estado presente, garantizar por medidas eficaces la absoluta libertad de conciencia y mantener la separación del poder civil y de la Iglesia, sin más que dotar al primero de las facultades indispensables para ser custodio del derecho y evitar abusos y extralimitaciones. Mas Bonaparte anteponía al sentimiento de la justicia su interés personal, y no estimaba la religión sino como medio de gobierno, que él se encargaría de convertir en instrumento de despotismo. «Por eso, decía, fui mahometano en Egipto y soy católico en Francia». Se ha repetido hasta la saciedad que Bonaparte restableció el culto oficial, porque «sus nervios simpatizaban con el sentimiento de la existencia de Dios», ó bien, porque «su constitución moral le inclinaba á las ideas religiosas». No hay nada tan inexacto. Aparte de que esas supuestas simpatías de sus nervios y esa pretendida constitución moral que se le atribuye, se habrían conciliado perfectamente con el régimen de la libertad y la independencia; su conducta y su lenguaje, cuando se expresaba con sinceridad, y no como comediante que desempeña hábilmente su papel, prueban hasta la evidencia que su alma estaba limpia de sentimientos religiosos y, lo que es más grave todavía, casi también de sentimientos morales. Al restaurar el catolicismo, obedeció simplemente á móviles políticos, acomodados á sus miras egoístas.

Entre las personas que rodeaban al primer Cónsul, había aún algunos partidarios de la emancipación religiosa, fieles á tradiciones filosóficas del siglo décimo octavo, que miraban con disgusto se quisiera someter otra vez al pueblo al yugo legal de los sacerdotes y se gravara con nuevas cargas el presupuesto. Otros, desconfiando de la inmensa autoridad moral que representaba el Pontificado, deseaban que Bonaparte, á imitación de Enrique VIII, se proclamara jefe de la iglesia galicana; pero él necesitaba del Papa y había decidido pactar con Roma, estando decidido á reprimir hasta por la fuerza cualquier conato de oposición á sus proyectos.

En el mensaje que dirigió á Pio VII después de la batalla de Marengo, le prometía la restauración de su antiguo Estado sobre las bases del tratado de Tolentino, exponiéndole al mismo tiempo la conveniencia de abrir negociaciones para reorganizar la iglesia de Francia. Encantado Pio VII de la petición, dispuso que se partiese á París el arzobispo Spina, de Corinto, y entre este prelado, de una parte, y el abate Bernier, el antiguo cura de Saint Laud, de la otra, se gestionó activamente un arreglo durante los meses de Marzo y Abril. El acuerdo tropezaba con numerosas dificultades por las exigencias de la corte de Roma, y entonces Bonaparte resolvióse á mandar al Papa un proyecto de concordato, redactado, casi en su totalidad, según los principios que inspiraban la constitución civil del clero, al que contestó Pio VII con otro contraproyecto, en el que se exigía que el ca-